



MUSEO DE
SANTA CRUZ

LA COLECCIÓN ARQUEOLÓGICA



El patio principal y la escalera del hospital de Santa Cruz forman una de las composiciones más bellas de la arquitectura española renacentista. Son obra de **Alonso de Covarrubias**, quien las realiza alrededor de 1530.

La cruz de Jerusalén, emblema del Cardenal Mendoza, al igual que su escudo de armas, presentes en toda la arquitectura del edificio, constituyen también aquí, junto con elementos propios del *Quattrocento* florentino, la base del programa decorativo.

La galería inferior del claustro alberga un conjunto de piezas pétreas de diversas cronologías, algunas de grandes proporciones, así como mosaicos, sarcófagos e inscripciones romanas e islámicas, lápidas funerarias de caballeros de la Orden de Calatrava procedentes de la antigua Sinagoga del Tránsito, y diversos relieves de la Edad Moderna.

PIEZAS ESENCIALES

1 Menhir y Ortostato: realizados en granito y datados hacia el 3500 a.C., proceden del dolmen hallado en el pantano de Navalcán (Toledo) y sus inmediaciones. Tienen la particularidad de que presentan decoración geométrica en su cara frontal, lo que los hace muy singulares. Un menhir es una piedra hincada verticalmente en la tierra de forma aislada, mientras que un ortostato es un bloque de piedra que formaba parte de un dolmen, construcción más compleja. Ambos son restos de lo que se denomina cultura megalítica, que en el el área toledana se desarrolló durante el Calcolítico, cuando el ser humano comienza a fabricar objetos de metal. El término megalitismo procede de las palabras griegas *mega* (grande) y *lithos* (piedra). Se trata de grandes construcciones, hitos en el paisaje, cuya función estaría ligada a la representación de las comunidades que con gran esfuerzo las levantaron. Las sociedades rurales que siempre han convivido cerca de los megalitos desconocían la función y origen de los mismos. Es por ello que su fértil imaginación generó teorías de lo más pintorescas para justificarlos, leyendas que han llegado hasta nuestros días.



2

Estelas del Guerrero: se trata de dos piezas datadas entre los siglos IX y VIII a. C., pertenecientes al Bronce Final, halladas en las inmediaciones de las localidades de Las Herencias y La Estrella, al oeste de la provincia de Toledo.

Las estelas de guerrero son losas de piedra en las que se representa de forma esquemática a un personaje rodeado de sus armas (escudo, espada, lanza, casco, arco, coraza...) y, a veces, objetos de uso personal, como el carro con su rueda, que observamos en la estela de las Herencias (fig.1). No se sabe con seguridad su función. En todo caso, son objetos de representación del poder y la fuerza de su poseedor, marcadores de territorio, de una región dominada por un señor poderoso y belicoso. Los pueblos que las utilizaron podrían ser pastores que recibieron influencias indoeuropeas y mediterráneas gracias al comercio. Su poder, y el dominio de las rutas y pasos naturales, cerca de los cuales se hallaban las estelas encontradas, se reflejaría con la representación de sus armas y objetos de prestigio.



3

Verraco: se trata de una escultura zoomorfa procedente de La Puebla de Montalbán (Toledo). Este tipo de representaciones de animales, normalmente cerdos, jabalíes o toros, abundan en el oeste del interior de la península. Están hechos de granito toscamente trabajado. Son de tradición celta, vinculados con el pueblo vettón, y se podrían datar entre el siglo V a. C. y la conquista romana de Hispania, durante la II Edad del Hierro. Su finalidad no está muy clara, en ocasiones tienen una función funeraria, como así lo indican sus inscripciones, mientras que en otros casos podrían tener relación con las actividades económicas de aquellas sociedades prerromanas, que los utilizarían como hitos en el paisaje para mostrar su dominio sobre un territorio, zonas de paso, pastos estacionales, etc.



4

Dos aras romanas: la colección del museo cuenta con un ara votiva, dedicada a Hércules, y otra funeraria. Las aras son pequeños altares de piedra romanos, aunque también aparecen en la cultura griega. Construidas en varios materiales, las podemos encontrar en templos o en conjuntos funerarios. De hecho, la palabra "ara" significa piedra sobre la que se ofrece un sacrificio a la divinidad. Las dos tipologías son prácticamente iguales, con idéntica estructura. Lo único que cambia es la inscripción, porque en las de tipo funerario suelen aparecer en la parte superior las letras DMS que significan *Diis Manibus Sacrum*, o "consagrado a los dioses Manes", dioses romanos de los muertos (algo similar al RIP o DEP de epitafios posteriores) y la finalidad, que sería la de recordar al difunto o glorificarlo. Las aras tienen tres elementos: la cabecera o cornisa, que es la parte más decorada, muchas veces con un frontón triangular, a veces con acróteras en los extremos; el campo epigráfico, donde aparece la inscripción con el nombre de la divinidad o del difunto, la persona que dedica la inscripción, a veces la fecha...; y la base, normalmente sin decoración.



5

Miliario romano: realizado en granito y con sección cuadrada, este miliario puede datarse entre los siglos II y IV d. C. Procede del desescombros de unas casas en la plaza de Zocodover (Toledo), derruidas durante el asedio al Alcázar en la Guerra Civil. Esta pieza había sido reutilizada para la construcción de la muralla árabe de la ciudad.

Los miliarios eran los postes de señalización que usaban los romanos para marcar las distancias en millas de unos lugares a otros a lo largo de las vías y calzadas que vertebraban el territorio.

La red viaria fue utilizada por el ejército romano en la conquista de territorios, y gracias a ella se podían movilizar grandes efectivos con una rapidez nunca vista hasta entonces. La milla romana medía aproximadamente 1,5 km y su nombre proviene de que equivalía a mil pasos.



6

Escultura de un togado romano: escultura altoimperial (del siglo I d. C.) de bulto redondo, hecha en mármol, encontrada en un inmueble de la C/ de la Plata (Toledo).

La toga era una prenda característica y distintiva de la Antigua Roma, consistente en una larga tela semicircular de entre 3,5 y 6 m de largo, que se colocaba sobre los hombros y alrededor del cuerpo. Normalmente se tejía con lana blanca y se vestía sobre una túnica. La tradición romana decía que era la vestimenta preferida de Rómulo, el fundador de Roma. Lo cierto es que la toga se convirtió en una prenda común para los ciudadanos romanos varones. Las mujeres vestían la *stola*. Como la toga era muy voluminosa y poco práctica, paulatinamente fue cayendo en desuso, y ya solo la vestían los altos cargos, como símbolo de poder y tradición.

A la escultura de faltan la cabeza y los brazos. Por un lado, las esculturas togadas se hacían en serie y sin cabeza, que luego se podía añadir según el retratado que conviniera. Por otro lado, los brazos, al ser elementos que sobresalen en las esculturas, son los que más fácilmente se rompen y pierden con el paso del tiempo.



7

Mosaico de las cuatro estaciones: mosaico de época bajoimperial, de la segunda mitad del siglo III d. C. Durante las obras para la ampliación de la fábrica de armas de Toledo, en la década de 1920, se encontró este mosaico en el yacimiento de Vega Baja. Formaba parte de una villa romana, una de las muchas que debieron existir en la zona, alejadas del bullicioso centro urbano de *Toletum*, para el disfrute de las grandes familias patricias.

La composición decorativa de este mosaico tiene por base un trazado geométrico en el perímetro, y un círculo central. Sus teselas son de mármol, piedras de colores y pasta vítrea. En las esquinas hay representaciones de las estaciones del año y frutos, pero destaca sobre todo la escena central, muy colorida, que incluye peces y animales marinos realizados con gran detalle y realismo.

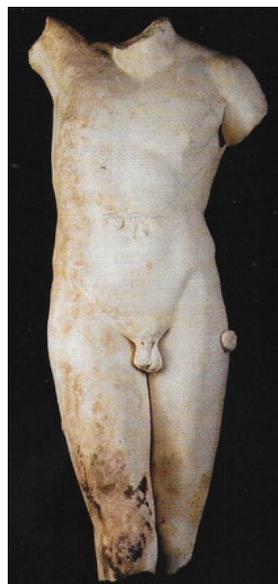
Junto a este mosaico encontramos otro, de formato octogonal, con una escena del puerto de Alejandría, donde podemos ver, junto a embarcaciones y operarios, el famoso faro de la ciudad.



8 El sátiro danzante: es el nombre por el que se conocen los restos de una escultura de mármol romana que se podría datar hacia la primera mitad del siglo II d. C. Se encontró en los sótanos de una vivienda particular, en el entorno de las termas romanas, en la toledana plaza Amador de los Ríos. La escultura representa a una figura de tamaño natural, y probablemente formaría parte de la decoración de las termas. El mármol del que está hecha procede de la isla griega de Paros, y la factura es excelente.

Las termas eran recintos públicos para el baño y siempre tenían unas dimensiones considerables. A ellas acudían semanalmente los ciudadanos y ciudadanas de la civilización romana, no solo para tomar una baño, sino también para relajarse y encontrarse con allegados y amistades.

Esa tradición se mantuvo durante la Edad Media a través de la cultura andalusí, de cuyos *hammam* o baños públicos existen numerosos vestigios en la ciudad de Toledo.



9



De entre las piezas andalusíes la la colección (fig. 1), destaca este **brocal de pozo** islámico del siglo XI, que proviene de la *Aljama* (mezquita mayor) de la ciudad, que se situaba en el mismo lugar que ocupa la Catedral en la actualidad.

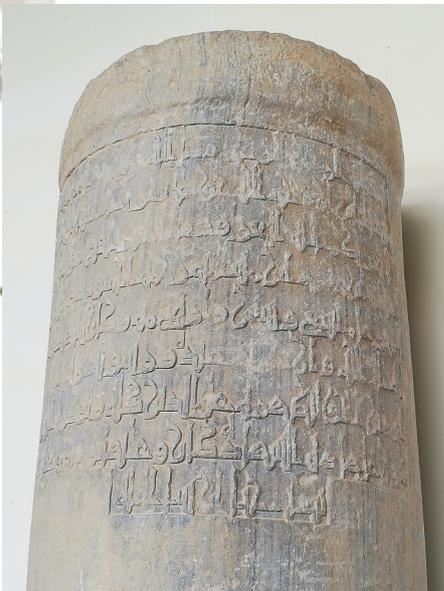
Realizado en mármol, destaca por su decoración epigráfica, organizada en franjas con caracteres cúficos, y de ataurique (vegetación estilizada).

Como curiosidad, hay que destacar los desgastes del borde del brocal, causado por las cuerdas utilizadas para sacar el agua del pozo a lo largo del tiempo.

10

Cipo funerario: realizado en mármol y fechado en el 467 de la Hégira (1074 d. C.). Los cipos funerarios son cilindros de piedra con inscripción, que servían para identificar las tumbas de personas con mayor nivel social y económico en época andalusí.

Este en concreto, incluye una inscripción funeraria en caracteres cúficos que hace referencia al jurista Abu I-Walid Isma 'il ibn Muhammad ibn Maslama.



Los musulmanes solían marcar la posición de las tumbas en los cementerios, situados a las afueras de las ciudades, con distintos tipos de monumentos conmemorativos. Las tumbas más modestas se marcaban con una o varias piedras toscas sin labrar. En caso de que el difunto tuviera una mejor posición, la tumba se señalizaba con un cipo, una lápida o con una estela.